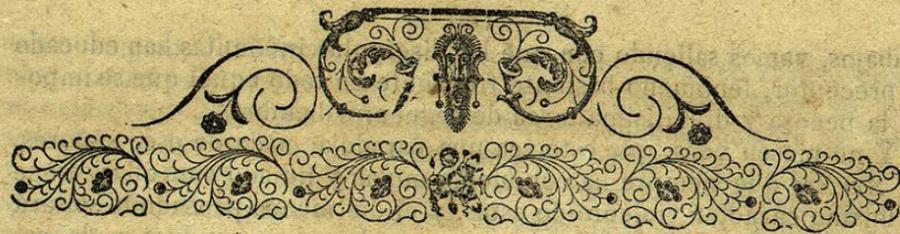




H. Iriarte dibujó.

Lito. de M. Murguía y C<sup>a</sup>

EL ARRIERO.

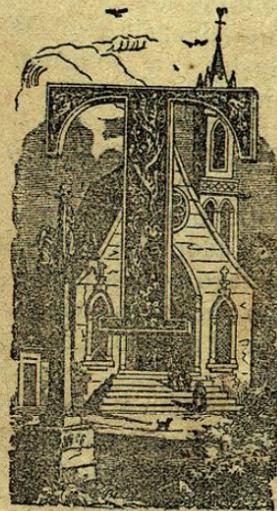


# EL ARRIERO.



## CAPITULO I.

LO QUE ES Á VECES UN PRECEPTOR Y LO QUE SUELEN SER LOS DISCIPULOS.



RISTE, tristísima es en verdad la condicion del personage cuya vida y hechos vamos á poner ante los ojos del lector. El *Arriero*, á semejanza de ciertos maridos que no dieron con la *media naranja* que se adaptara esactamente á la otra media que ellos representan, vése condenado á tratar con seres de índole desapacible y condicion indomable. Por lo menos hasta ahora no sabemos se haya escrito nada bueno de las *mulas*. Su educacion ó *amansamiento* presenta sérias dificultades, y despues de algunos meses de penosos

trabajos, vamos saliendo con que las discípulas indómitas han educado al preceptor, fenómeno bastante frecuente en todo aquel que se impone la penosa y difícilísima tarea de regenerar hembras.

Y no piesen vdes. que esto sea una paradoja; nada de eso, señores. El *Arriero* que siempre ha conducido mulas y lidiado con ellas, tiene el mismo carácter violento de estas, y el día menos pensado le soltará una coz á su mejor amigo; mientras que el *arriero* conductor de pacíficos jumentos adquiere la mansedumbre y suave índole, que es el mejor ornato de la inmensa familia que forman los pollinos. En confirmacion de esta verdad tenemos aquel adagio, aplicado regularmente por las abuelas á los nietos obstinados:—*¿Quién manda? ¡los burros ó el arriero!*—Conócese desde luego que el que tal adagio inventó era hombre sabio á todas luces, supuesto que consideró imposible hacer la misma pregunta, poniendo en cuestion la autoridad de las mulas y la del *Arriero* que funge de mandarin y pedagogo.

Sentado este principio será preciso advertir al lector que el personaje elegido hoy por nosotros, es aquel cuyo carácter se ha identificado mas con el de los animales que tiene por compañeros; y como al escribir artículos de costumbres la gracia está en escribir sobre *costumbres* malas, por esto cabalmente echamos mano del *arriero conductor de mulas*, individuo á quien podemos llamar un estuche de mentiras y aventuras, segun observaremos en la verídica historia que hoy me he propuesto narrar á los lectores.

## CAPITULO II.

### LO QUE ES UN VIAGERO.

El *arriero* en su origen ó es hijo de su padre (cosa que no les sucede á todos), que tambien es arriero, ó bien nuestro personaje es un muchacho gañan de alguna hacienda. Cuando sucede lo primero, el padre, mas sabio que muchos sabios, hace que el hijo adopte la profesion que á ambos ha alimentado; pero cuando el vástago no descende de un arriero, entonces es otra cosa, y he aquí como abraza ese oficio rudo y á la vez seductor, para los que desean correr el mundo, á costa agena, es verdad, pero con piernas propias.

Antes de todo preciso es saber que el arriero es charlatan y mentiroso como todo viviente que ha viajado, aunque en sus escursiones solo haya tenido contacto con mulas, comerciantes y mesoneros, que todo va á dar allá. Pues bien: cierto arriero, de vuelta de uno de sus viajes, púsose á contar (ó á mentir), las maravillas y prodigios que en otras tierras habia visto y admirado. Crisóforo, muchacho gañan de una de las haciendas del interior, condenado á ganar la octava par-

te de un peso, despues de haber trabajado once horas en el día, escuchaba la relacion del arriero, abriendo los ojos, oídos y boca, ni mas ni menos que lo habrán hecho los lectores cuando alguno les ha contado lo que vió en Paris, en Lóndres ó en Pekin. Luego que nuestro jóven encontró modo de afianzar la palabra, cosa mas sencilla que pedirla, comenzó á terciar en la conversacion, y á hacer mas preguntas que un notario.

—*Oyga*, tío Narciso, cuándo me lleva á México?

—Quítate de hay, muñeco! Allá van los hombres.

—Mire, *pos* lléveme y verá si no *jalo* con *usté*. Yo no quiero que me *antierren* bocabajo.

—Como que te va á suceder si *dende* antes no ves la gloria....

Mira, si te animas cargaré contigo en este viage.

—De deveras, tío?

—De deveras. Pero ya sabes que antes de entrar á México tienes que echar un zapateado en el puerto de Barrientos, para que te dejen entrar.

—Sí, sí, yo bailaré *unque* no sepa.

—Y te has de poner un rosario de *güesos* á la llegada, para que despues puedas salir: sino no volverás á tu tierra.

—¡A qué tío Narciso!

—*Güeno*; pregunta y verá si es cierto. No te rias: allí se *jila* muy delgado. Con que si te animas con todo y eso....

—De fijo que me animo. Me voy con *usté*.

—¡Oh! *pos* entonces si que muy pronto vas á abrir la boca. Ya verás qué *álameda*, qué *calles*, qué *casas* tan bárbaras; y en seguida los muñecos, y el caballito de Troya....

—*Oyga*, tío: es cierto que el caballo es de *jierro*?

—Siguero; y toditito de una pieza.... todo; solo le faltó al arquitecto el clavo de una herradura.

—Y es cierto que está *güeco* por adentro?

—Pos no ha de ser! Le caben en la barriga mas de quinientos cristianos.

—¡Hujuu...!! Y qué, *usté* ha visto que está *güeco*?

—¡Vaya si no! como que he entrado á dentro una *chusma* de *ocasiones*.

—Y habrá *muncha escurana* en la barriga?

—Quizás: los ojos del caballo son de *vidro*, y por allí se le *cuela* la luz, que no *dijieras* sino que allí es medio día.

—Caramba! y pesa mucho, tío?

—Sí; pesa un poquito.... *Senicientos quintales*.

—Pero y cómo no se *sume*? No dicen que México está sobre *lagua*?

—Es verdad; pero los malditos extranjeros.... Ya los verás: esos son el mismo *pingo*!